

cillosas de la formación devónica, rocas mucho más antiguas que el período volcánico. A. v. Frantizius (1) describe 28 fuentes termo-minerales de Costarrica y de ellas 7 nacen en terrenos dioríticos y sieníticos, 11 en límite de estos y de las formaciones volcánicas y 10 del mismo terreno volcánico.

(Continuará).

## DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL

SR. DR. D. R. AURELIO ESPINOSA,

CON MOTIVO DE LA SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ESCOLAR  
DE 1890 Á 1891. EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR.

Señores:

Cuando hace pocos años, al abandonar los bancos escolares, os dirigía la palabra desde este mismo lugar, muy lejos estaba de suponer que volvería á verme favorecido con tan alta como innerecida honra. Ahora al tomar á mi cargo tan grata como difícil labor, obedezco únicamente al deber, porque la escasez de mis merecimientos me obligaría á pedirlos que buscáseis persona más competente para que os dirigiese la palabra. Mas, como al volver la vista en torno mio se encuentran mis ojos ya con los de mis sabios maestros, que supieron tenderme cariñosa mano, cuando emprendía el laborioso camino del estudio; ya con los de inteligentes compañeros, cuyo ejemplo sirvió para estimularme á seguir sus pasos por la senda del honor; ya en fin con los de distinguidos jóvenes, entre quienes contemplo la porción escogida, cuyos estudios me cupo la honra de dirigir en el curso próximo pasado, y con quienes continuaré en el presente tan halagüeña ocupación; como todos estos semblantes digo, están asegurándome que habrá indulgencia, para el discípulo, el compañero y el profesor, no vacilo en proseguir, sin la pretensión de sorprenderos con lucidos razonamientos, sino sólo con el ánimo de enunciaros algunas ideas que, si merecen benévola acogida, habrán alcanzado suficiente recompensa á mi discurso humilde y desgreñado.

(1) Die Mineralquellen in Costarrica, Jahrbuch für Mineralogie. 1873 pág.

Mas en presencia de tan ilustrado auditorio, ¿en qué deberé ocuparme? He aquí, Sres., un problema de bien difícil resolución á causa del justo temor que abrigo de no encontrar asunto adecuado para vuestras esclarecidas inteligencias. Con todo, confiado en la benevolencia que os es natural, he resuelto ocuparme breves instantes en el patriotismo, manifestándoos que: si esta virtud es de difícil conseguimiento, sus resultados cuando se aplica al estudio producen beneficios incalculables á la patria.

¿Qué es el patriotismo? de seguro no hay persona que no lo sienta, aunque no todas puedan definirlo; pero es cierto también que pocas estarán acordes en el verdadero sentido de esta palabra. Según la definición más sencilla, patriotismo es: AMOR Á LA PATRIA. ¿Y quién no ha de amar á esta madre cariñosa, en cuyo regazo vimos la luz primera? Pero si examinamos la intensidad de este amor y la manera con que lo demostramos, podríamos asegurar que los verdaderos patriotas son pocos y que para merecer tal dictado es preciso poseer un cúmulo de virtudes, no comunes por desgracia. Así mismo al tratar del *patriotismo en el estudio* podremos decir que para llamarse uno estudiante patriota, es preciso ser distinguido entre los compañeros por muchas y variadas dotes.

Si patriotismo es amor á la Patria, ¿cómo debemos amarla para ser patriotas? ó en otros términos, ¿de qué virtudes debemos estar adornados para que este amor merezca el nombre de tan noble virtud? No trato de describir una por una todas ellas y me contentaré con indicar las principales y aplicarles después al estudio, para manifestar de qué manera el estudiante las ha de ejercitar en pro de su patria y en propio beneficio.

El más notable y esclarecido de los publicistas modernos, el P. Taparelli, ha dicho: “El efecto natural del amor es el sacrificio de sí mismo al objeto amado, y su transformación en él mediante su más perfecta imitación”. Saca esta conclusión, después de estudiar la naturaleza de los actos del entendimiento y de la voluntad y para manifestarnos que los de ésta no pueden perfeccionarse, sino mediante el sacrificio. He aquí, pues, la razón por qué, si amamos á la Patria como debemos, hemos de comenzar por hacer el sacrificio de nosotros mismos y procurar la transformación de nuestro sér en el de esta madre querida; transformación que no se obtiene sino mediante nuestra identificación con ella. Para conseguirlo es preciso hacer completa abstracción de nosotros mismos, á fin de que nuestros conciudadanos vivan en nosotros y ocupen preferente lugar en nuestros corazones. Mas no hemos de tomar sólo el amor á las personas por guía de nuestros actos, sino que, subordinándolo á la felicidad general y al engrandecimiento de la sociedad en que nacimos, hemos de captarla el aprecio de las demás naciones y asegurarla honroso puesto entre ellas, mediante el sacrificio.

“El que ama sufre” ha dicho alguien, y otro ha pregunta-

do: “¿Qué sería del amor sin dolores y penas; cómo podría conservar su fragancia si arrancándole las espinas llevásemos con ellas las flores que conservan su perfume”? ¿Qué sería, digo yo, del patriotismo si no tuviera por condición el sacrificio? ¿cómo podríamos conservarlo puro en nuestro corazón, grande en nuestra alma, hermoso en la imaginación, fresco y lozano en la fantasía, si tratásemos de arrancar las espinas de la abnegación en las cuales se sostienen las virtudes que dan fundamento y apoyo al patriotismo, conjunto de todas? Así, Señores, si queremos ser patriotas, necesariamente hemos de mantener unidos al amor de la Patria, el del sacrificio y abnegación; y no importe que como consecuencia obtengamos el desprecio de unos, la burla de otros, el desdén de éstos ó la risa de aquellos; no importe que el interés propio salga vulnerado, ni que nuestro corazón reciba heridas que sangren largo tiempo; el que ama de veras no busca la recompensa en su bienestar, sino en la dicha y la felicidad del objeto á que consagra sus afanes; y si se ha conseguido el engrandecimiento de la Patria: si esta ha podido dar un paso más en la senda del progreso, si se la ha conquistado la estimación de las naciones civilizadas, ¿no estará compensado el sacrificio de los buenos ciudadanos? Y la conciencia en tales casos, ¿no prestará merecida recompensa? Explicadme si no, cómo los héroes han podido coronar sus admirables empresas, con una serie no interrumpida de sacrificios, llevados en ocasiones hasta el de la existencia propia; decidme cómo, volviendo las espaldas á la fortuna han salido en busca de la adversidad, y mostrándola valeroso pecho han luchado infatigables con ella hasta vencer ó morir! Esas acciones generosas, que á los ojos de muchos no pasan de locuras dignas de compasión, ¿pueden explicarse sin suponer que sus autores fueron estimulados por el amor á la Patria, fortalecidos por el sacrificio y recompensados por las íntimas fruiciones que da la conciencia al que sólo aspira en sus actos á la satisfacción del deber cumplido?

Decir esto, Señores, es decir que el estudiante patriota, ó el que aspira á serlo, ha de comenzar por ejercitarse en esta noble virtud, ha de amarla con entereza, ha de buscarla por amiga y unirse á ella con lazo estrecho é indisoluble. El estudio, como no se oculta á ninguno de vosotros, es una serie no interrumpida de sacrificios, luchas y pesares. No importa que en lo porvenir el joven estudioso vislumbre risueños horizontes si para alcanzarlos ha de tener que bregar no sólo con dificultades morales, más también con las físicas, que en ocasiones son tan insuperables como aquellas. Además, si salvado el primer paso ha conseguido ir un poco adelante, no ha de ser para encontrar alivio y restablecer las fuerzas perdidas, pues en la vida del estudio un paso adelantado, una victoria conseguida, son tan sólo el estímulo para acometer un enemigo más poderoso, para luchar con adversarios más formidables.



aras de la Patria; y si en general la vida del estudiante patriota ha de ser una serie de sacrificios, veamos ahora, cómo ha de aplicar los ya enunciados de una manera práctica en el curso de sus tareas universitarias. Consideradlo en su asistencia á las clases ¿Creéis acaso que habrá llenado todos sus deberes con encomendar á la memoria la lección del texto que le ha sido señalado? No, Señores, pues el afán por ilustrarse le hará meditar profundamente las proposiciones que trate de sostener; y buscará la verdad consultando los autores que le vengan á la mano y desentrañándola de los intrincados argumentos que la malicia y la corrupción ponen en juego para inducir al error á los incautos. La discordia de opiniones lejos de servirle de rémora será poderoso estímulo para hacerle emprender la tarea con redoblado afán hasta conseguir encontrar la verdad y llevar á su entendimiento la convicción más profunda y á su voluntad la resolución inquebrantable de sostenerla. Si no se acostumbra á seguir de una manera metódica y precisa el orden que el curso de las ideas exige en su desenvolvimiento, no podrá profundizar una materia, poseerla con perfección, ni aprovechar su estudio en beneficio de los demás. Por tesis general, podría aseguraros: que el joven que se contenta con el mero estudio de los textos, que no se afana por completar el aprendizaje, con la ilustración de las obras de enseñanza que tratan de la materia que estudia, que no hace un hábito de la investigación, no puede ofrecer para después fundadas esperanzas de servir á su patria de una manera satisfactoria. Esto exige indudablemente sacrificios; pero, Señores, el sacrificio es la única puerta de entrada al templo de la verdad, á él bien y la gloria.

¿Qué sería del estudiante sin pundonor? No puedo ni siquiera concebirlo. El honor, fuente de los más heroicos hechos y las más renombradas hazañas, sostén de los momentos de desaliento, consuelo en las pesadumbres que nos causa la injusticia de los hombres, palanca poderosa en toda empresa grande y digna; ¿puede ser extraño al estudiante patriota? No; que él como cariñoso amigo sabrá guiarlo por la senda que trillaron los sabios enseñándole al término del viaje la corona de laurel premio de sus afanes y desvelos. El pundonor le dirá que el estudiante patriota nunca puede contentarse de no ser el primero en la clase y en el afecto de sus maestros; le dirá que si en los primeros cursos ha dado frutos opimos de estudio y de saber, al terminarlos estará casi á la altura de un profesor, si no en profundidad de conocimientos, á lo menos en el amor á la ciencia y en la perseverancia para buscar la verdad; le dirá que los elevados puestos no se consiguen, cuando bien adquiridos, sino escalándolos con hidalguía; y que no se conservan, sino mediante una vida pura é intachable; le dirá en fin, que si una mancha en la vida privada puede hacerle indigno de hombrearse con sus dignos compañeros, las manchas de la vida pública no se borran nunca,

entendédlo bien, y dejan marcas indelebles durante la vida entera. Si el estudiante es pundonoroso, comprenderá que durante el tiempo de asistencia á los cursos escolares está labrando insensiblemente el edificio de su posición social; y si en todos sus actos no puede mirarse como en limpidísimo espejo, no podrá ostentar blasón de verdadera nobleza, con que enorgullecerse y con que poder honrar á la Patria. Nada de lo que pudiera decirnos acerca de esta preciosa virtud sería bastante para encareceros cuan valiosa es á nuestros ojos y á los de nuestros conciudadanos. Conservadla pura y guardadla en el corazón como en inviolable santuario y vuestro patriotismo estará asegurado.

¿Deberé indicaros que sin religión y moral es imposible que un ciudadano merezca lugar distinguido en la sociedad? Un escritor impío, obligado empero por la fuerza irresistible de la verdad y por las lecciones de la experiencia llegó á asegurar: “que sería más fácil fundar una sociedad en el aire que mantenerla sin el vínculo de la religión y la moral”. Estos lazos que tan suave como inquebrantable unión establece entre los asociados, son los únicos capaces de mantener el orden público y privado y de resguardar la pureza de las costumbres, el respeto de los derechos ajenos, y para decirlo de una vez, de sostener el equilibrio entre la autoridad y los asociados. Pueblo religioso y moral, pueblo civilizado es, pueblo que camina á pasos agigantados por el sendero del progreso. Estas afirmaciones me conducen á decirnos que si respecto de la vida pública son necesarias la religión y la moral, en tratándose de la educación y los estudios, son elementos tan indispensables, que sin ellos, cuantos esfuerzos hiciésemos para educarnos serían estériles ó producirían frutos amargos y venenosos. En efecto, si la dirección de la sociedad ha de nacer de la parte ilustrada de ella; y si el porvenir de la Patria, depende de la buena fortuna de poseer buenos hijos; ¿qué podrán esperar la sociedad y la Patria de ciudadanos impíos, que separando de la política la idea religiosa traten de establecer un gobierno ateo y de arrancar del corazón del pueblo el sagrado sentimiento que le une á la autoridad y le mantiene en el respeto mútuo de los asociados? El estudiante irreligioso acostumbrado á mirar con desprecio los actos que más pueden ennoblecer, si llega más tarde á ocupar la curul del legislador ó á dirigir la sociedad mediante la adquisición de elevado cargo, tratará de secar en el corazón de esa sociedad la única fuente inagotable de bienestar y felicidad. He aquí la razón por que los estudiantes, en tratándose de patriotismo, están más obligados que el resto de sus conciudadanos á ilustrarse con las doctrinas buscadas en la fuente purísima de la verdad, en las enseñanzas de la Iglesia. Bien es cierto que los instintos de la depravada naturaleza humana, el aura popular que tanto nos seduce, sobre todo en la juventud, el espíritu de novelería, el prestigio de la moda y el deseo de figurar anticipadamente entre las

personas notables de la Patria, nos hacen algunas veces sacudir el yugo que impone la verdad á las inteligencias y confiar únicamente, en los esfuerzos de la propia razón para proclamar doctrinas que, si disculpables de algún modo en la edad de la irreflexión é inexperiencia, son en la edad madura, y sobre todo, en personas que tienen á su cargo la dirección de la sociedad, negros borrones capaces de empañar la gloria más esclarecida. No os exijo, ni puedo pretender, que variéis de modo de pensar de una manera repentina, ni que sigáis á ciegas las doctrinas que vuestros profesores os enseñen; buscad, si, la verdad con perseverante afán y estudio, no consentáis el predominio de la pasión, y dejad que los frios razonamientos robustezcan la inteligencia y enciendan la luz en el espíritu. Si á pesar de esto, el convencimiento no llegare á penetraros de la verdad que se os ha enunciado, no rehuys la polémica, entrad en discusión razonable y desapasionada; disputad, mas no por el deseo de hacer triunfar vuestras opiniones, sino de buscar la verdad; y entonces, si conservais, además, el respeto religioso, la autoridad de la Iglesia vendrá á corroborar lo que el estudio os ha enseñado y terminará por triunfar la verdad en nuestra inteligencia y por adueñarse de vuestra voluntad. Este es el acto de mayor patriotismo que Dios y la Patria exigen de vosotros; ejecutadlo, pues, con voluntad generosa y firme.

Espíritu de sacrificio y abnegación, perseverancia y método en el estudio respeto á la religión, amor á la moral, sometimiento á las leyes del honor, he aquí, Sres., compendiado el código que la Patria os impone como condición para que podáis aspirar á la inmortalidad.

Ahora, dirigiéndome especialmente á vosotros, jóvenes estudiantes de jurisprudencia, debo recordaros que sois los verdaderamente llamados á disponer de los destinos y futura grandeza de vuestra Patria. Los legisladores, los estadistas, los escritores notables, los hombres públicos en todos los ramos del saber y la administración, saldrán de en medio de vosotros. La justicia, eje en que gira la máquina social, y que en cierto modo es la prenda y garantía de la paz, por vosotros será administrada; los intereses particulares, los derechos individuales y sociales verán en vosotros sus celosos defensores; y por fin, todo el movimiento cívico, á vosotros será encomendado. La paz de las familias, la tranquilidad pública, el orden y el bienestar general, casi de vosotros dependerán cuando salgais de estos claustros al noble ejercicio de vuestra profesión. Haced por presentaros, entonces, con la frente serena y la conciencia satisfecha de haber cumplido como honrados vuestros deberes presentes.

Vosotros, jóvenes estudiantes de medicina y ciencias, vosotros sois los llamados á completar esa obra de regeneración y adelanto. Vuestros conocimientos cada día mayores y nuevos, vuestras investigaciones científicas, los secretos que logreis arran-

car á la naturaleza, contribuirán á sostener no sólo el bienestar material de la sociedad, sino también el moral é intelectual. Sois también otros tantos sacerdotes, á quienes la Patria deberá rendir obligado homenaje de gratitud, si sabéis dirigir vuestros afanes y sacrificios con tesón y perseverancia á su futuro engrandecimiento.

Es inludible, Señores, que el porvenir de la Patria, el bienestar de sus hijos, el adelantamiento físico, moral é intelectual dependen exclusivamente de la educación; y como ahora ésta ha tomado notable incremento y desarrollo, y todos interesan ya en ilustrarse y adquirir conocimientos científicos, el país camina por el sendero del progreso á pasos acelerados. De algún tiempo atrás, los magistrados, los legisladores, los maestros de la juventud han comprendido que las generaciones han ido levantándose movidas por un espíritu de adelantamiento, por un amor al estudio poco común en tiempos anteriores; y lo que más se ha hecho notar en esta era feliz para los anales de la instrucción pública, ha sido que el amor á la verdad ha venido siendo la causa y como el motor de esa gran transformación.

Yo mismo ¿por qué no decirlo? he tenido la satisfacción de observar este hecho consolador en el corto tiempo que me ha caído el honor de dirigir una parte de la juventud, en uno de los ramos del derecho; y complacido he notado que el patriotismo estimulado por el estudio, es virtud no sólo conocida, sino también amada: he visto que el interés por la educación y el afán por el estudio son los móviles poderosos que hacen acudir solícitos á los estudiantes á este establecimiento. Me atrevo, pues, á vaticinar que de la generación estudiosa que hoy se levanta saldrán ciudadanos que honrarán la Patria, ya en el ejercicio de las profesiones científicas del derecho y la medicina, ya en los varios ramos del gobierno, ya en los floridos campos de la literatura, ya en el laborioso y difícil cargo del magisterio.

Para que mi pronóstico sea cumplido, permitidme, jóvenes universitarios pediros que no desmayeis en la tarea y que con perseverancia digna de vosotros sigais luchando infatigables contra el mortal enemigo de la juventud: el ocio. Con la perseverancia en el bien obrar os habréis formado un hábito de buenas costumbres de trabajo y de estudio y terminaréis por ser lujo de la sociedad, galardón de vuestros profesores, corona de bendición para vuestra Patria.

Mas no oigais mi voz desautorizada: escuchad y obedeced á la que dentro de vuestros corazones os grita: ¡Adelante, siempre adelante por el sendero de la verdad y del bien!

HE DICHO.